

PARQUES y JARDINES

FRANCISCO URONDO

Como aquellas ciruelas tan orientales, en un farol se balancea el ahorcado. Nadie puede olvidarlo, como nadie olvida el sabor de los frutos exóticos. Se desconocen los hechos que liquidaron su tal vez limitada sabiduría, pero todos comparten una certidumbre grotesca: al sacar la lengua no tuvo tiempo de sonreír. Un momento antes pudo hacerlo; estaba entre amigos, lejos de preocupaciones, y tenía entre sus cartas un envido real. Sabemos que consecuencias afrontan los afortunados en el juego, pero da lástima que con esas barajas haya tenido este desgraciado fin. Quienes representan al orden, no juegan. Es eficiente la Policía Federal; sus oficiales están bien educados, estudian diversas tomas, saltan, aprenden algunas técnicas de la astucia y el contragolpe. Es un cuerpo eficiente, pero inoportuno. Llegó después que el pobre ahorcado sacara la lengua. Tarde llegó. Tarde has piado. Una pareja alcanzó a verlo con vida; su cuerpo temblaba, como en la pubertad se estremecía, y la pareja huyó: ella había olvidado algunas prendas y comenzaba a sentir frío. No conviene que el frío entre por allí; Dios ha destinado ese lugar para otros visitantes, por más ahorcados con los que uno tropiece en su vida. El también tendrá frío en todas partes. También allí tendrá frío para siempre: el eterno

silencio, el eterno frío de la muerte, se ha hecho cargo de su virilidad. Si no hubieran llegado tarde; de no estar ahorcado, él arrasaría el corazón de la fugitiva y ella lo hubiera amado con tierna delicadeza. Pero es demasiado tarde. Tarde llegó la patrulla, demasiado tarde con el oficial que ha seguido estudios, que tiene la valentía de no usar prendas femeninas; de llegar tarde; de no sacar la lengua. ¡Ah el césped, el blando césped del Parque Chacabuco! ¡Cuántas prendas interiores, cuántas virginidades, cuántos ahorcados ha visto desaparecer! La lengua crece; está erecta, para poseer la noche resbaladiza del parque; las horas pegajosas de este mundo. El viento mece y revela las formas olvidadas; balancea el cuerpo del ahorcado y estremece el de una pobre muchacha. Ella va errando por el parque; porfía en encontrar su prenda olvidada. Anda entre las sombras sangrientas y no puede evitar que el frío se le vaya escurriendo por la comisura más honda de los muslos. Ya no hay ahorcados ni policías. Tampoco de esas violaciones que tanta curiosidad despiertan. Se han llevado los objetos perdidos, los cuerpos sin dueño y sin temblores; la burla de los muertos. Todo está en orden con la salida del sol; los niños cantan, los pajaritos juegan.

